

edad del orientalismo; al mismo tiempo, los cubanos blancos y de clase alta estaban más protegidos del prejuicio racial que sus compatriotas de color. Era la preponderancia del mestizaje de negro con blanco en Cuba lo que impedía que el anglosajón concibiera a los cubanos en su totalidad como iguales – sobre todo en pleno auge del código segregacionista denominado «Jim Crow».

Negros y pardos: instrumentos de ambas partes

De la participación de la gente de color en la defensa de La Habana en 1762 hay una sola mención en las crónicas de 1898, y ésta es lacónica y racista: «Se hizo patente que estaban reservando sus verdaderas tropas españolas para tareas más importantes» (Gardiner 1899: 181). Para ello hay que consultar un diario de campaña inglés y dos cartas, fechadas en agosto de 1762, de sendos habitantes de La Habana enorgullecidos de las acciones de pardos y negros, a quienes consideran más valerosos que los españoles¹¹.

Los norteamericanos mencionan la presencia de negros esclavos en la expedición anglo-americana, con discrepancias considerables: según Hazewell (1863: 466), los ingleses compraron 500 esclavos negros en Antigua y Martinica; según Greely (1898: 136), compraron 5.300 en Jamaica, Barbados y las Islas de Barlovento, y según Burton (1909: 323) había mil, «alquilados» en Martinica para desembarazar a los soldados y marinos de las tareas más serviles y –por su inmunidad a las fiebres tropicales– para cuidar a los enfermos.

Hazewell sí plantea el problema racial, pero lo hace con el fin de criticar tanto a los ingleses como a los norteamericanos por sus actitudes racistas: «(En La Habana) en aquellos días, no se consideraba prudente negar el servicio de hombres negros, y aún a los esclavos se les permitía el honor de morir en combate en el servicio de sus amos» (Hazewell 1863, 465). El autor antiesclavista prosigue su crítica, al explicar por qué los ingleses no confiscaron los esclavos de los españoles, a pesar de que podían conside-

¹¹ El libro de órdenes del teniente coronel Israel Putnam (Putnam 1762) y dos cartas: (1) «Memorial dirigido a Carlos III por las señoras de la Habana el 25 de agosto de 1762». Primera impresión: *Revista de Cuba (La Habana)*, 12/2 (1882): 161-167. Reimpreso en Aleida Plasencia, *La dominación inglesa vista por el pueblo de La Habana. La Habana, 1965. (7)-16.* (2) «Carta de Juan Miguel Palomino sin dirección con noticias de La Habana y de cómo la ganaron los ingleses». *Habana*, 29 agosto 1762. Ms 10818⁸³. N^o 874, Julián Paz, Catálogo de Manuscritos de la Biblioteca Nacional de España (Madrid, 1992).

rarse parte del botín de guerra: «Inglaterra era entonces una nación esclavista, y no podía servir de mal ejemplo, ignorando el derecho del hombre de ser propietario de hombres» (*Ídem*, 468).

En los diarios de campaña británicos se documenta el empleo de los negros principalmente en la construcción de campamentos y fortificaciones y para atender a los miles de combatientes enfermos. (La mayoría de las bajas fueron por fiebres e insolación.) No hay evidencia de que los británicos emplearan a negros en fuerzas de combate y por lo consiguiente, debieron de sorprenderse al ser atacados por un contingente de cubanos de color que penetraron sus defensas, causando decenas de bajas.

En ninguna fuente de la época hemos encontrado muestra de interés alguno en explorar la motivación de los negros esclavos a quienes el Gobernador de La Habana había prometido su libertad a cambio de su servicio en la defensa de la ciudad. Sí se sabe, según las fuentes consultadas, que fueron los defensores más motivados de la ciudad, y muchos pagaron con sus vidas cuando los ingleses tomaron el Morro: los invasores trataron con cortesía a los blancos que se rindieron, pero masacraron a los milicianos de color, en lo que tanto Palomino como la Marquesa de Jústiz, en sus epístolas respectivas, califican prácticamente de venganza racial.

De este componente de la defensa de La Habana, se derivan tres principios problemáticos de la historia y la identidad nacional de Cuba. El primero atañe las consecuencias negativas del gesto del gobernador Prado (la apropiación de esclavos por el gobierno), en cuanto puede haber afectado la relación de los blancos criollos con el gobierno español; la administración de Juan de Prado creó resentimiento entre los propietarios cuyos esclavos combatieron en La Habana, al no recibir éstos el pago prometido por concepto de manumisión de los negros sobrevivientes y de las pérdidas de los esclavos muertos en combate. El segundo principio surgiría, después de las guerras de independencia, como una premisa central de los asimilacionistas (tanto los blancos como los de color): que la agencia del negro en la lucha contra los invasores y su aceptación por los patriotas criollos blancos, constituye una de las primeras etapas definitorias en la evolución del concepto multirracial de la cubanidad. Pero esto presupone la subordinación del problema de la alteridad histórica del negro a las prioridades establecidas por la élite blanca de la colonia. Tal supeditación de los combatientes de color a la causa mayor (la defensa de la colonia) coartaba esencialmente el pleno ejercicio de su acción, ya que las alternativas no permitían mayor latitud de elección (permanecer en la esclavitud o arriesgarse la vida por un sistema dominado por los mismos amos). Esto, sin embargo, incumbe más concretamente a los historiadores y sociólogos cubanos. Nuestro enfoque se limita a la representación del caso en los textos norteamericanos.

El negro cubano está ausente de los artículos publicados en Estados Unidos sobre La Habana en 1762. El por qué no es claro: se debe, tal vez, a una falta de información, o se trata sencillamente de que los autores norteamericanos blancos encontraran difícil el enfrentarse a esa realidad insólita, sobre todo en el contexto de una ocupación por los británicos – imbuidos ya de un sentido de ser un pueblo homogéneo, electo, superior – de una sociedad multirracial (si bien bastante segregada, pero no tanto como los Estados Unidos).

Raza, género y cultura. El invasor ante la mujer de La Habana ¿o la mujer ante el invasor?

La intersección de raza y género y su representación aparecen en la segunda parte del diario inglés citado por Gardiner, un fragmento bien conocido en Cuba, más por vil que por fidedigno:

En cuanto a las señoras, su tez en la mayoría de los casos es la de las mulatas menos prietas de la Carolina, algunas bastante más blancas y muchas no tan rubias. Llevan el cabello al descubierto y visten a la manera de indias [*squaw*, término muy despectivo, en el original]; suelen vestir camisa y unas enaguas (sin cotillas), y un chal encima de los hombros (...) La gente que puede conversar con ellas dice que son muy ignorantes, y pocas entre ellas tienen ingenio alguno; la mayoría de ellas fuman cigarros y escupen mucho, aún cuando no fuman, lo cual invita a distintos tipos de conjetura. Son muy tímidas en público y apenas permiten que les toquen la mano.

Se hace posible invertir la relación de alteridad con una nueva lectura de esta invectiva desde el punto de vista de las mujeres, quienes en su gran mayoría resistieron la presencia y las propuestas de las fuerzas de ocupación¹². Si logramos ignorar o trascender el racismo etnocéntrico (v.g., el doble insulto de comparar a las mujeres de La Habana a indias y de insistir en su tez mestiza), es posible leer el texto como un testimonio de las estrategias que podían emplear las mujeres para rechazar o repeler a los «herejes» solitarios que deambulaban por las calles de la ciudad, invitándolas a fiestas (o a actividades aún más dudosas): mostrarse ignorantes, escupir, fumar cigarros, y sobre todo, expresar su malestar en la presencia de hombres extraños.

¹² Según el único documento accesible, algunas contrajeron matrimonio con británicos. Ver Carta de un jesuita al prefecto Javier Bonilla, de Sevilla, 12 de diciembre de 1762 (*Plasencia* 1965).

Parecería que el observador inglés estuviera empleando una estrategia común del poder, que es la de borrar las diferencias entre los subgrupos que constituyen la clase dominada, es decir, homogenizar a los otros. Se podría decir que en su diario personal el observador citado por Gardiner está poniendo en un mismo plan a la mujer de clase baja (la cual es muy posible que escupiera y fumara cigarros) y sus contrapartes más finas (que se distinguían por su prudencia en sus relaciones con los extranjeros); no es tan pertinente saber si de hecho eran todas ignorantes o si lo fingían – lo cierto es que la falta de delicadeza y la falta de educación fue lo que protegió a muchas de ellas de los militares.

Esta lectura es especulativa, sin embargo. Y aunque aceptemos el valor literal del texto citado por Gardiner, lo más significativo es el modelo que ofrece para la articulación de la alteridad: la generalización (ignorar características distintivas, aún las de clase social), la deshumanización o despersonalización (en este caso, en la negación de su identidad social funcional al negar implícitamente su femineidad, llamando la atención a su costumbre de fumar cigarros), la degradación (el énfasis en la suciedad –por la asociación directa con la mujer indígena– y en la falta de gracia y delicadeza), y la burla (reducir al sujeto a la categoría de tipo ridículo).

Una frase aparece en los artículos históricos, que a primera lectura puede pasar desapercibida porque no es sino un cliché, pero que pone de relieve la intención instrumental que veían los historiadores y cronistas en la expedición angloamericana de 1762 para los expedicionarios norteamericanos de 1898. Ambos, Burton (321) y Gardiner (189), emplean la frase «History repeats itself» (La historia se repite), resumiendo así la instrumentalidad pragmática con que veían los acontecimientos de 1762, si bien con finalidades divergentes. Burton concluye su aporte a la historia resumiendo lo que aprendieron los colonos norteamericanos en La Habana, que les sirvió después en su guerra de independencia. Gardiner presenta una lista detallada de las bajas sufridas por las tropas norteamericanas, concluyendo con un homenaje a los que quedaron enterrados en Cuba y expresando el alivio de Estados Unidos por el hecho de que en la nueva acción bélica de 1898 perdieron la vida tan pocos norteamericanos.

El imperio que fue la madre patria: 1762 y Estados Unidos frente a Gran Bretaña

El episodio histórico de 1762 sirve de pretexto para recalcar el distanciamiento entre Estados Unidos y Gran Bretaña. El recelo norteamericano